

Presencia

María Inés García

No hay presencia
más que en ei ausente

I

ESTOY LEYENDO. TU presencia se hace intempestiva, me recorre el cuerpo tu sonrisa, tu voz: sólo de la ausencia nace presente.

(¿Qué serán estas palabras escritas? ¿Notas?, ¿cartas? Algo. Un texto, una textura resabio de una historia).

Siento el corte de cuajo, la herida, el desgarró, y recuerdo lo obstinadamente pensado una y otra vez. "Si me deja me muero". En este juego de azar donde todos los números salen siempre premiados de la tómbola, donde siempre es caray cruz, me tocó protagonizar la escena de la despedida, proclamar el abandono.

Quisiera borrar las palabras que a borbotones se abrían paso por mi garganta. Quiero un borrador de esas palabras que, cual albañil adiestrado, levantaron con rapidez inusual un monumento funerario, una tumba seca, sin nombre ni fecha, abandonada por los vivos.

(Y en esta textualidad será de cuidar las palabras, limar sus bordes para que no hieran, que no se claven con la fuerza del martillo, precisar su sentido, amarrarlas, pero ellas escapan, vuelan como polen pegadas a alguna materia que sufre los escarceos del viento). Y no quiero el olvido.

La voluntad desespera por sostener algo: una imagen, un sonido, el hilo de una voz, el sabor de una palabra: quiere petrificar la mirada de tus ojos cuando me amabas con la creencia infantil que al arresto de una huella el punto cero desaparecerá bajo derrota, que no habrá (no puede haber) grado cero de la escritura que un cuerpo celosamente inscribe en otro cuer-

po. Así habré vencido el olvido, me acompañará por siempre el hilo de tu risa en una risa, el rescoldo de tu palabra en una voz.

(Quiero llorar. Los ojos se siembran de lágrimas, me ahoga el cansancio por no dejar partir las marcas, los vestigios).

Tu presencia en la ausencia se hundió en mi abismo, hondonada oscura en que la piedra no llega nunca a su fin, se mantiene estática a la espera en su caída: desde esa terca detención sale muy despacio el olor de tus resabios a restregarse en mi piel tallando hasta carne viva.

Estoy leyendo. Una frase me saca del sentido, machaca obsesivamente el hoyo de mi cráneo vacío, "he descubierto al mirarte, aquí, en Nueva York, líneas de sorpresa, despertar de una alegría, los restos de tu ternura, los gestos de tu presencia y no sé darles continuidad". Sólo quedaron fragmentos, pedacerías que se prenden aquí y allá: en ese brusco sonido del teléfono que me despierta de un largo viaje textual en que había perdido mi nombre (y tal vez el tuyo); en esa nueva palabra que quiero pasarte como si fuese un anillo, donde no importa el anillo sino tocarse las manos; en ese nuevo amor que de manera impositiva fabrico en mi imaginación como certeza de mi infidelidad buscando que también sea tuyo; en el sonido casi inaudible del vecino que algo dice al bajar la escalera; en el olor del perfume que junta frutas tropicales, canela, pimienta y azúcar quemada comprado luego de una despedida; en esa madre que arremete contra sus hijos por detenerse a contemplar cómo la araña silenciosamente teje su tela; en el olor a la toronja que aparece frente a mí en el desayuno.

Te dispersas y no puedo darle continuidad a la pedacería de tu presencia sin nostalgia (aún). Guardo los fragmentos, amorosamente, como la pócima agria que me salva y me avisa de tu ausencia: encuentro sin sorpresas tu ojo izquierdo en la nube evanescente que descubro al levantar la mirada del suelo hosco, un cielo rojizo pardo de partículas suspendidas que traga la osadía de vagar; tu mano derecha que parece acunar la rama de pino que toca mi ventana susurrándome cuentos ya gastados para que pueda dormir baja el reaseguro de lo repetido.

Quiero llamarte, mi voz no arranca del pecho: el miedo arruga mi garganta, la carga de siglos de graznidos la hace milenaria. Anciana de ojos vacíos que espera aterrada la parca despojada hasta el pellejo de aquello que fue piel.

n

Nueva York. Quizá sólo Manhattan, pequeña isla que se alza incólume al dolor, la miseria, las heridas, los matadores sin rostro que esperan ansiosos en el ruedo, no ya un toro de lidia sino a todo o cualquier animal o insecto dispuesto a ir por su propio pie al matadero. No para enfrentarse con la bestia con quien miden sus fuerzas, sino por el descuidado placer de hacer efectivo el desdén.

Empalizada de cemento que exige admirar su belleza fría sin color levantando la vista a un cielo abarrotado de ladrillos, de monstruos milenarios y dragones lanzando fuego, un fuego virtual que quema y asfixia a seres diminutos (ni gnomos ni enanos), raza de humillación que sin ritos (ni palabras) llena plazas, bancas, banquetas, espacios soleados o sin luz llevándose a la boca con precipitación el contenido indiscernible de una caja de plástico trasparente: restos de una nada que apremian el agujero.

La niebla anuncia la noche, las luces de neón, al abrir la opacidad, despiertan de sus sueños al fantasma que ríe y ríe sin que se oiga su voz.

Recuerdo a Napoleón, al morir quiso que su tumba estuviese metros más debajo de aquel (no importa quien) que se acercara a ella, una balastrada de hierro lo detiene: obligadamente, hasta el más indiferente o ignorante de su memoria, deberá inclinarse. Gesto involuntario de reconocimiento.

Ceremonia de otro tiempo: encorvar la espalda, bajar la vista ante la sombra inaudita de la soberbia.

En Nueva York el proceso se invierte (de ahí lo nuevo), el transeúnte es ya pequeño, no puede encorvarse más, su espalda no cede... sólo levantar los ojos vaciados no ya a un cielo lleno de utopías donde una estrella reluce entre guiños. El cielo es dibujado con toneladas de hormigón que lanzan reflejos sin parpadeos envueltos por una niebla que teje enigmas en simulacro.

Ese transeúnte quiere alzarse del suelo, volar a ese punto posible, definido, de-limitado de aquella última luz que se hizo cielo donde paren los elegidos. Ese arriba (aún accesible) donde se ejerce, cual espectro, el poder y el placer.

En un intento desesperado por alcanzar lo alcanzable (inalcanzable por el peso de la culpa de su deformidad física) quiere hacer mayor su estatura suspendiéndose en la fragilidad de la punta de sus pies, estirando su pequeño cuerpo diminuto sin poder inventarse nuevos huesos ni rasgar su piel. Impotencia de los residentes eternos de Lilliput: en cada esfuerzo su cuer-

po se contrae, aún más, se hace más, más pequeño, se metamorfosea en nadie, se infantiliza con la rapidez del instante hasta ser feto no deseado de un vientre. Y la ciudad ríe y ríe sin que se escuche su voz.

Nuevo tiempo en las figuras del dominio: la ciudad matriz atroz de seres diminutos borrados de su risa, su color, su memoria: hombres del subsuelo, cuyas cuevas no albergan el signo de la evasión, el exilio, el calor del asilo. Único hoyo conocido sin alambres de púas que impidan su fuga, sin cordeles electrificados que eviten su huida. Casa sin paredes, sin fuego, ni aceptado ni rechazado, la fuerza de la certeza donde la imaginación no logra escabullirse de lo ya sabido, repetido hasta el cansancio como forma de olvido. Arriba, la otra cárcel fantaseada como zona de libertad. Más allá de ella, el abismo donde los cuerpos flotan sin gravedad.

(El texto rima, canta como en un aullido primero no dominado por el rito. ¿Serán vagidos lejanos del subsuelo?).

En los hilos de tu ausencia discontinua presencio el destierro; te espesas en la bruma. Nueva York traga cualquier recuerdo.

Quiero ubicarte en otra ciudad, en ésta o aquélla que recorrimos muchas veces, más Nueva York se impone, quizá porque quiere de los seres la pérdida.

III

Broadway. Un sábado, una noche. Los hombres del subsuelo se han dado cita golpeándose unos a otros, esforzándose por pasar, ninguna ayuda que haga posible pasar. Un estatismo casi siniestro en ese agolparse intentando pasar (¿a dónde?).

Movimientos desesperados por cruzar los escasos centímetros cuadrados que sentencian encierro (¡quiero sacarme de encima el peso de esos cuerpos diminutos que muerden mis huesos!). Soy una más de ellos, no tengo nombre, sexo, rostro ni historia, soy hombre del subsuelo. ¿Serás tú también uno más de ellos? No reconozco entre miles de rostros (sin rostro), cuerpos (sin cuerpo), voces (sin voz) un solo rastro que avise tu presencia.

Somos uno con ellos adentrados al ruedo con el goce insostenible que trae la pérdida: ni rostro ni mirada alcanza el recuerdo; la voz suena hueca, no llega al oído ahogada en silencio. Movimientos inconexos de cuerpos

rotos que no alcanzan el cuerpo, pedacería de brazos, de manos, de piernas. Bocas mudas, ditirambos de orejas, de sexos hundidos sin temblor, sin tartamudear la vida, sin excitar la muerte.

Veo flotar en el aire los conectores que el imaginario crea para producir una forma, agotados en la tarea de hacer de la lengua lengua.

(A *vtces* los albores de un encuentro. Los líquidos pegajosos de un aborto escurren entre mis piernas).

Nueva York, nombre que avisa una ausencia.

IV

El Metro recorre la isla de arriba abajo, de abajo a arriba: *up-town, down-town, up, down, up, down*. Llueve. Ya he estado allí otras veces acompañada por la imagen salida de una cámara: la fotografía que lo inmoviliza; las películas que lo tejen como protagonista despiadado, insólito con rasgos de ternura; las series televisivas que malgastan mis noches de insomnio, abulia y ganas de morir.

Imágenes regulares, monótonas y sabidas que terminan por transformar mis deseos de morir en rutina. Salvación y condena: todas mis horas muertas transcurren en el Metro neoyorkino y fabrican noche a noche un santuario de iconos donde la infamia se hace plegaria, oración.

Aprendí a conocer sin error sus columnas, andenes, vagones que sostienen esa iglesia a la que llego en mis noches de abulia como salvación (o condena) a las desgastadas ganas de morir.

Santuario de la infamia que propaga las miradas aviesas de hispanos mal nacidos que siguen sin perder en su aire el aire de pachuco o de chulo; que persigue por hábito las pieles lustrosas de sudor negro y las cuencas de vidrio que encandilan avisando peligro con un radio portátil pegado a la oreja, cual si toda oreja negra hubiese nacido con un ritmo adosado que hace que sus caderas se muevan siguiendo un son despreciado; que engendra por doquier ojos rasgados hacia arriba o hacia abajo (*up-down, down-town*), ojos no confiables no abiertos, mirada torva de gatos amarillos que proclaman odio con olor a jengibre.

Se logra su forma con sólo entrar al santuario, se paga por entrar (jamás con monedas pequeñas, un *quarter* A menos, menores te las arrojarán a la cara en un acto de soberbia al permitir el ingreso: te harán patente tu tierra

subsuelo. *Chiens degarde* multiplicados al parirse a sí mismos, procreación orgullosa de la raza guardianes que parecen ser de mi raza o la tuya, con sus aires de pachuco o de chulo, con su piel lustrosa de sudor y asco, con sus ojos rasgados de olor a jengibre).

Alguien me grita (o te grita o le grita): ¡Por aquí! ¡*Esfreel* Finalmente estoy dentro, gratitud que hace habitar la imagen que recorren mis noches muertas de deseo en rutina.

Escucho lenguas extrañas, una lengua superpuesta a otra como castigo bíblico a esos hombres que alguna vez creyeron enfrentar a dios y hoy no les resta más que un cuerpo diminuto, habitantes de la tierra de nadie que se desplaza con detenciones previstas por una voz monótona que enumera.

Tierra de nadie que recuerda esas viejas películas de judíos desesperados que huían del odio nazi, donde traspasada la primera barrera, y sin haber alcanzado aún la siguiente, morían acribillados en ese trozo de nada (en cámara lenta), a pocos pasos no logrados se imponía esa otra tierra que no los acogería. Imagen del deseo, siempre en destierro, sin hallar asilo, transeúnte perpetuo de la tierra sin posesión ni nombre, pasaje que nunca termina de pasar, la distancia es suelo.

Tierra de nadie que mata colores, razas, sexos, vida, muerte: aire retenido en los pulmones sin atreverse a soltarlo para sofocar el grito, el vagido. Imperio de silencio: territorio, patria, el subsuelo.

Entre tantos números repetidos que avisan la parada, una aparición: ser nacido de la letra como en un bostezo y a su pesar, grafía de icono antiguo, milenario, una carta del Tarot (juego de judíos errantes del que se escurría el destino, espectro de imágenes, números, colores, letras). La carta sin número para enfrentarse sin numeral al monótono numerario de las estaciones, la carta sin principio y, quizá, sin final, y tal vez, y también. El loco, con su atadito de tesoros colgando de su hombro, al descuido. Joven deslumbrante de belleza grosera por inusual, por salvaje, por vieja envuelta en ropajes derruidos que avisan el porvenir; pequeñas trenzas prendidas al azar pegadas a su cráneo por sudores viejos ya secos por la asfixia. Lleva un paraguas (llueve), en su empuñadura descansan sus manos, sus varillas cerradas han perdido la tela, muestra la nobleza de objeto desnudo del que se ha borrado toda utilidad. Dignidad de viajero eterno salvado de las aguas por un paraguas que detiene la lluvia con la tela de la imaginación del deseo.

Balbucea una lengua extrañada y quiero entender que ese material inconexo habla del gemelo perdido en algún punto, en el numeral olvidado de una estación que se confundió en la desnuda repetición, que su viaje es búsqueda del otro-sí-mismo a quien dedica cuentos en espera, hallado siempre y siempre perdido tras una ventana en movimiento, tras las miradas aviesas cruzadas al descuido. *Up-town, down-town, up, down.*

Ante la fascinación de la imagen nos hallamos otra vez amigos, hermanos (tal vez gemelos), como en aquel tiempo en que colgábamos en el hombro la fábrica incansable de tierras, solares, jardines, ríos y ciudades de palabras que transitábamos sin fatiga deslumbrados por cada rincón recién inventado presos de una risa loca, infantil, incontenible a la vuelta de cada sorbo de café, de cada cigarro encendido. Tiempo en que hablábamos en una lengua de viento, risa y alegría porque sí.

¿Será eso acaso el amor?